

LA ADOLESCENCIA

Entonces el Señor hizo caer un profundo sueño sobre el hombre. Y el hombre se durmió. El Señor le arrancó una de las costillas y relleno el hueco con carne. Y de la costilla formó a la mujer y la llevó ante el hombre. El hombre se despertó. Y al verla exclamó: —Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne.

Génesis, 2, 21

A la adolescencia se le han colgado centenares de etiquetas clasificadoras. En este momento se nos ocurre que la que sirve mejor a nuestro propósito es aquella que le aplica el titulillo más bien manido de tiempo del despertar o etapa del desperezo.

En efecto: lo que en la etapa anterior permanecía latente, se manifiesta de pronto con vitalidad poderosa. Lo que parecía resuelto y aquietado de una vez para siempre, se replantea sobre nuevos presupuestos. Y el niño, aparentemente aplazado en su tarea de hombre, la reanuda de golpe y se planta a zancadas en los umbrales de la madurez. Y como ocurre siempre después de un largo y extraño sueño, uno comienza a preguntarse por sí mismo, por los otros, por su situación y por su destino... y uno comienza a pronunciar palabras aparentemente incoherentes:

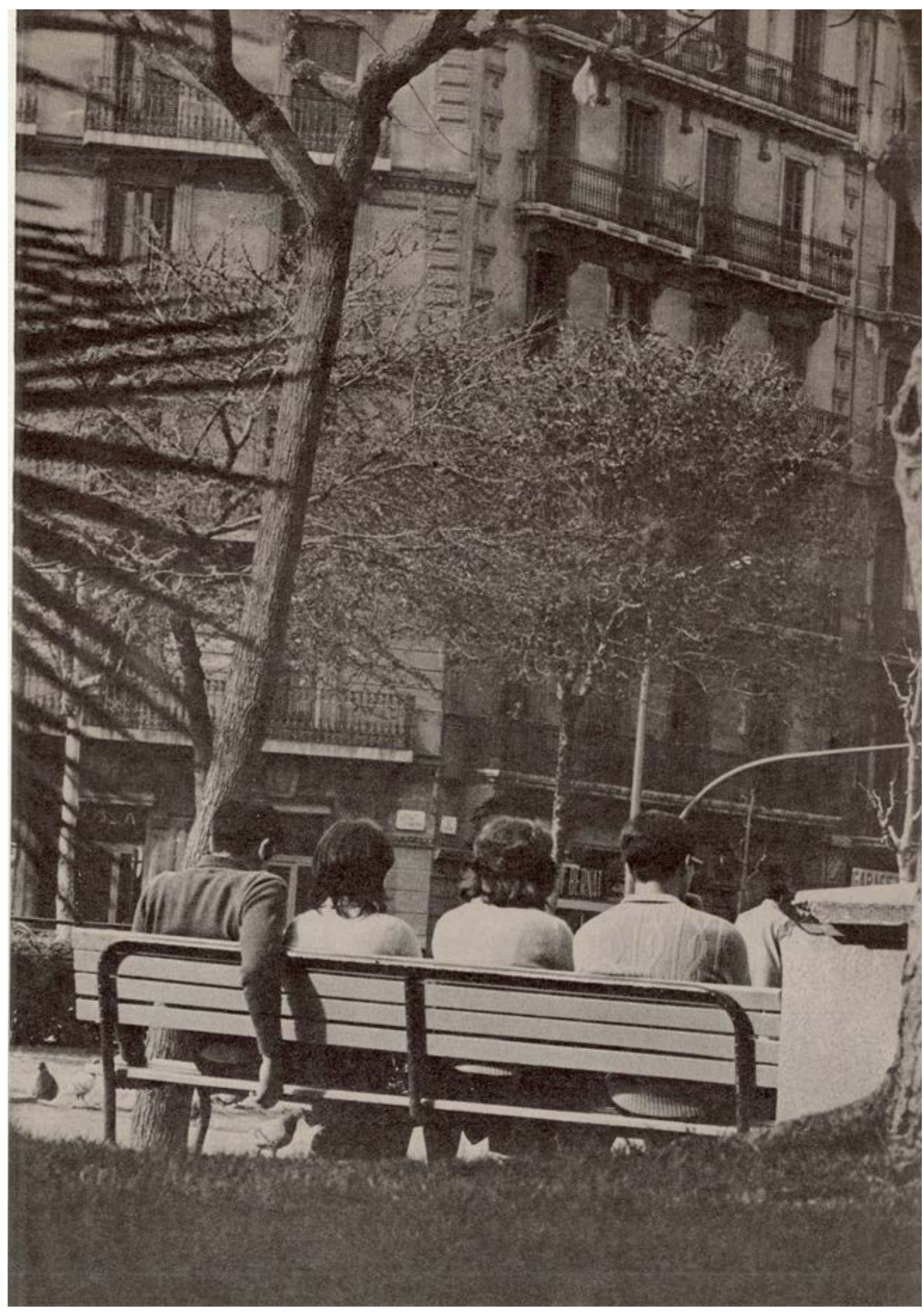
- Yo.
- Los otros.
- Mi sexo.
- Ella. Él.
- Y mis padres ¿qué?
- ¿Y cómo se compagina eso de la autoridad y la libertad?
- ¡Dios!... ¿Dios?... (Dios) y otra vez ¡Dios!
- El asco de vivir. La alegría de vivir
- ¿Y toda esta fuerza que se me acumula en los puños?
- Grandes palabras mal digeridas: consumo, revolución, cochino burgués, náusea, destrucción ¡No!...

- Hermosas palabras que se tantean: compañero, amigo, amiga, comprensión, amistad, amor, mañana...
- Y palabras de fácil amargura: incompreensión, injusticia, soledad, ganas de llorar, sin-sentido, decepción, traición, ¡bah!...
- Y esas otras palabras de cada día: deporte, libro, plan, pandilla, música, cine, notas, tele, el profe, la monja, el cura...
- ¡Y los tacos!
- Y este sentimiento, que los más leídos llaman kafkiano, de no saber por qué uno tiene siempre deudas pendientes con alguien y que uno no sabe nunca cómo pagar...
- ¡Entenderme!... ¡Y que me entiendan!

Probablemente esta última palabra constituye una clave. Probablemente este joven Adán recién despierto, recién situado ante su sexo y ante el otro, se tenga demasiado miedo a sí mismo y se refugie sin embargo dentro de sí para librarse del miedo que le producen los demás.

Todo esto debe ser tenido en cuenta a la hora de iniciar un estudio de la adolescencia. Esta etapa tan extraordinariamente rica nunca podrá ser tratada, sin falsearla en el fondo, de un modo unilateral. En nuestro caso, abordarla exclusivamente desde el punto de vista sexual, sería una manera de perderla de vista. Porque...

el problema fundamental de la adolescencia no es un problema de sexualidad sino un problema de personalidad.



EL INFANTILISMO COMO RIESGO

Comencemos por sentar que si de educación sexual se trata, deberíamos suponer que se trata de **seguir educando** a ese niño que hemos dejado en la etapa anterior. Si por el contrario se trata de empezar, las cosas deben plantearse de otra forma y habría que hablar más bien de reeducación, de corrección, de terapia y, en todo caso, de emergencia.

El hombre de hoy también es el niño de ayer en la línea del sexo; la adolescencia repite, a otra escala, los desajustes y los conflictos de la niñez, así como la etapa de latencia es, en cierto modo, una imagen de la madurez adulta.

Según esto, los conflictos no resueltos de la niñez ejercerán su influjo sobre los nuevos problemas de la pubertad o volverán a replantearse ellos mismos con otras derivaciones.

CONFLICTO

Lo conflictual, esquemáticamente hablando, es la lucha entre una necesidad o apetencia profunda y el objeto de esa apetencia. Entre uno y otra, hace su aparición un elemento hostil (psicológico, social, moral...) que impide el encuentro, o al menos la plenitud del encuentro, entre la apetencia y el objeto. Inevitablemente se crea un estado de tensión.

Pero cabe hacerse una pregunta: ¿esa apetencia debe ser necesariamente satisfecha en la línea en que ella nos lo exige, o deberá más bien ser educada, enseñándola a apetecer de otro modo, corrigiendo su trayectoria, aplazando su urgencia y creándole otros objetos válidamente compensatorios? En esto se basa la teoría de la **sublimación** según la cual, una carga de energía sexual se transforma, por derivación, en actividad creadora o en una función de fuerte valor moral. Y en esta posibilidad de transformación está, según numerosos autores, la base de la civilización.

Este es un primer factor con el que debemos contar al tiempo de plantearnos el problema de la educación sexual de la adolescencia.

Pero no toda la energía sexual se sublima y, por lo tanto, la función sexual sigue presentando su tendencia original y manteniendo su significación. Ahora bien, algunas de las características que presenta el impulso sexual en la adolescencia son: su particular pujanza, su constancia, su fácil excitabilidad y sus repercusiones sobre la conducta. Todo ello puede hacer que el educador incurra en un falseamiento de la perspectiva educativa, centrando toda la problemática adolescente en este único punto. Explanaremos esto a continuación; pero antes de pasar adelante, anotemos como segundo factor-guía para una buena pedagogía de la sexualidad el de la necesidad, por parte del educador, de su amplitud de miras; el educador debe esforzarse por abarcar toda la compleja maniobra de la estructuración de la personalidad adolescente y no reducirse a los límites del problema sexual como si éste fuese el eje de diamante de esta etapa.

PERSONALIDAD

La gran palabra descubierta, a la que el adolescente se aferra con tenacidad, sobre la que se proyecta en cuerpo y alma, con la que se define ante sí mismo y ante el mundo que le rodea, es así de espléndida y así de corta: YO.

A diferencia del YO de la primera infancia, hecho de puro instinto y vivido en forma inconsciente, el adolescente formula su "Yo soy Yo" afirmando al mismo tiempo su autonomía, su conciencia de ser, su relación con los demás y su discrepancia con ellos, su espíritu de independencia y su miedo a una libertad que puede dejarle demasiado solo... Es ese Yo el que presenta la verdadera cara del problema. El adolescente se debate entre su necesidad de afirmarse cerrándose en sí mismo y su conciencia de que los demás deberán entrar en él si no quiere quedarse vacío.



En último término, su búsqueda de seguridad la efectuará siempre en los otros, en relación con la sociedad circundante y sólo por un acto de repliegue ante el fracaso volverá sobre sí mismo como a una zona segura.

Esto quiere decir que el horizonte de sus intereses y, por lo tanto, la fuente de sus conflictos no es una sola, el sexo. Pero sí tendremos que decir que el sexo presenta para él un interés y una inquietud particular ya que sus características son también particulares.

¿DÓNDE ESTÁ EL PELIGRO?

Se ha señalado como peligros de esta etapa el desviacionismo sexual, la precocidad de las relaciones sexuales, la corrupción tanto activa como pasiva... Todo eso es verdad, pero manteniéndonos fieles a la idea de que, ante todo, existe en la adolescencia un problema de personalidad, el mayor peligro del sexo es que pueda operar como un factor de infantilismo, y por lo tanto regresivo, en la marcha evolutiva de toda la persona.

La tentación radica en la inmediata conexión del sexo con el placer.

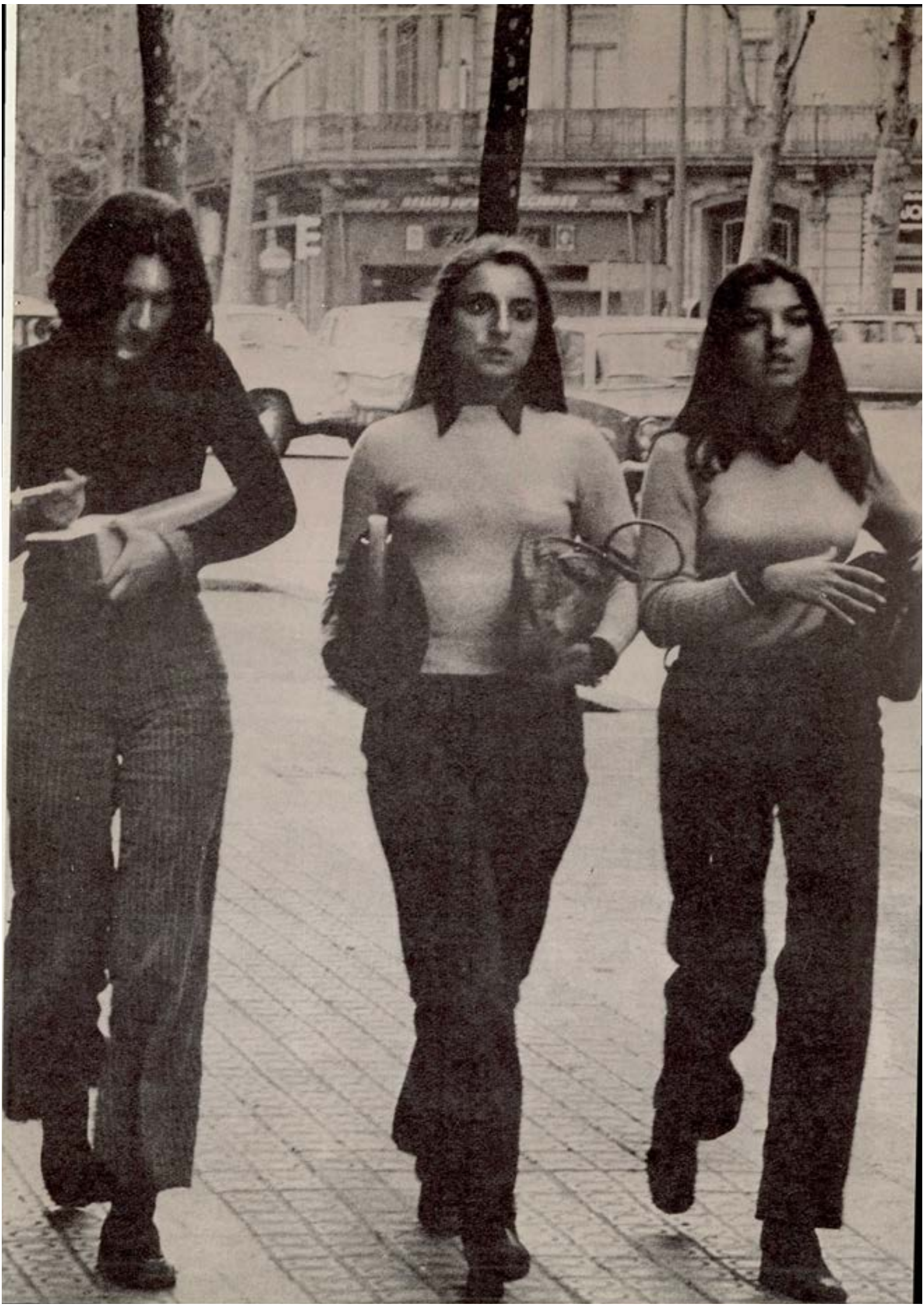
Sabemos muy bien hasta qué punto el niño se ha movido en su primera infancia por el principio de la satisfacción y del placer; y sabemos también que el paso de la niñez a la etapa siguiente no ha podido darlo sin conflictos dolorosos de los que el subconsciente siempre guarda huellas. En todo paso evolutivo, el displacer aparece haciendo guardia en el umbral. Y hay que superarlo.

El adolescente apetece su madurez, pero se le pide a cambio que entregue todo lo que le queda de niño y deje de moverse por móviles infantiles. Sus tentativas se verán muchas veces frustradas: sociedad, familia, colegio, compañeros... ofrecen a su paso múltiples resistencias. De nuevo el displacer. Ahora bien ¿no es posible que

inconscientemente el muchacho se sienta invitado a retroceder hacia una situación en la que el placer presidía gran parte de su actividad?... Su falta de aguante, su sensación de soledad, ambas unidas probablemente a una desorientación básica, le harán buscar una compensación inmediata y violenta al mismo tiempo; vuelven a funcionar los instintos de satisfacción y necesidad de placer que presidieron la infancia, y el sexo, ahora pleno de posibilidades, se ofrece como máxima oportunidad.

Si este mecanismo se repite, y no fortuitamente, lo primero que tendrá que hacer el educador será hacerse cargo de la situación; no juzgarla pero sí diagnosticarla, y luego no deberá perder de vista que el aspecto sexual que ha adquirido el problema no es más que eso: aspecto, síntoma... pero la realidad de fondo tiene otra cara: la de la crisis de una personalidad en formación. Entonces la mejor ayuda que se le puede prestar al adolescente consistirá en orientarle para que él mismo descentralice el problema haciéndole llegar, por una parte, a las causas que lo plantean (fracasos, tensiones, angustias...) y por otra, ayudándole a encontrar los medios para una mejor adaptabilidad a las exigencias del desarrollo de la personalidad.

Durante la adolescencia existe un gran problema de fondo: la crisis de una personalidad en formación.



INTERESES Y PROBLEMAS EN LA ADOLESCENCIA



Descubrimiento del Yo personal. Conciencia de sus posibilidades de autodeterminación e independencia. Conflicto entre una interiorización progresiva de la personalidad con la consiguiente tendencia a la introversión, y la necesidad de manifestarse y ser aceptado al exterior.

①



Problemas de la adaptabilidad al medio:
— familia
— colegio
— compañeros
— normas de autoridad

②



Intereses de la amistad. Necesidad de amigos. Exigente en la selección de amigos. Sensible a las decepciones. Todavía las pandillas.

3



Necesidad de triunfo: deporte, estudios, trato social... El triunfo es para él la garantía de una mejor aceptación por parte de los demás. Depresiones ante el fracaso. Formas de compensación frecuentemente agresivas, obscenas...

4



La tentación del mando. Le gusta mandar. Dice que no le gusta que manden en él, pero conserva todavía una gran capacidad de admiración por los jefes. Busca su modelo humano en ellos. Empieza a admirar sus ideas.

5



Religiosidad.

Vaivenes del sentimiento religioso: de la negación a la mística.

Ceden ciertos elementos de fascinación, más infantiles, ante una forma más dinámica de lo religioso: apostolado, acción social...

6



Ideario personal.

Tentativa de una primera estructura ideológica que se reduce, normalmente, a una yuxtaposición de sentimientos y criterios encontrados.

Importancia de llevar un diario.

7



El sexo.

Maduración de los órganos sexuales. Frecuencia de las pulsiones sexuales. Necesidad de comprender lo que le pasa. Conflicto entre la pulsión y los motivos de la continencia.

8



Curiosidad sexual.
Cambio en el estilo de la curiosidad sexual con respecto a la etapa de latencia.
Preocupación interiorizada y personalizada.

9



Él. Ella.
El sexo opuesto como destino. Más allá de la mera actividad genital, descubrimiento progresivo del otro sexo como complementariedad, comunicación, realización.

10



Amor.
Habla mucho de amor. Sólo lo conocerá más adelante pero importa educarle, prepararle para el amor. La realización plena del YO personal sólo será posible en relación con un TÚ. Superación del egocentrismo y del egoísmo. Madurez humana.

11